

ANTONIO
GARRIGUES
WALKER



Sobrevivir
para contarla

Una mirada personal
a la pandemia y
al mundo que nos deja

Con la colaboración de
ANTONIO GARCÍA MALDONADO

DEUSTO

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1. Nuestra sociedad olvidada de sujetos biológicos](#)

[Capítulo 2. El regreso a la Historia de los seres históricos](#)

[Capítulo 3. Somos seres sociales](#)

[Capítulo 4. Una radiografía del estado del mundo](#)

[Capítulo 5. ¿Un ensayo general contra el cambio climático?](#)

[Capítulo 6. Democaracia y autocracia en la sociedad del riesgo](#)

[Capítulo 7. Comentarios sobre la Nueva Guerra Fría](#)

[Capítulo 8. Europa como potencia geopolítica, moral y ecológica](#)

[Epílogo](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

La pandemia del coronavirus ha afectado a nuestras vidas de forma evidente y dramática. Se ha llevado cientos de miles de vidas en todo el mundo y ha hundido la economía global sin que aún entendamos bien ni cómo ha ocurrido ni, sobre todo, hacia dónde nos lleva.

En este libro, el prestigioso jurista y filántropo Antonio Garrigues Walker analiza el futuro tras la pandemia con realismo y clarividencia, pero también con un optimismo lejano a la mayoría de conclusiones catastrofistas que nos rodean. No se trata de endulzar el drama ni de negar las consecuencias económicas, pero sí de mirar la realidad de forma más contextualizada tanto hacia el pasado —como aquí se hace al recordar otras pandemias, siempre definitorias de la historia—, como hacia el futuro —con todas las dudas que nos plantean la revolución científico-técnica, el desorden geopolítico entre Estados Unidos y China, el calentamiento global o el momento decisivo de la Unión Europea—. Pero, esencialmente, sin olvidar el presente y lo más básico de nuestra existencia: la vida y los afectos del aquí y el ahora.

Sobrevivir para contarla es, por eso, un lúcido ensayo de clarificación por parte de un observador privilegiado. Una vista panorámica a una enfermedad global, a sus consecuencias y a los esfuerzos por combatirla de la que cabe extraer, al menos, la constatación de un progreso admirable, pese a todo.

SOBREVIVIR PARA CONTARLA

Una mirada personal a la pandemia y al mundo
que nos deja

Antonio Garrigues Walker

Con la colaboración de Antonio García Maldonado



EDICIONES DEUSTO

Prólogo

He escrito este libro con gran interés personal y en su redacción he vuelto a tener el privilegio de colaborar con mi amigo Antonio García Maldonado, que ha vertebrado y enriquecido mis ideas con una aportación de datos y también de reflexiones propias realmente admirables. Al igual que en el libro anterior, *Manual para vivir en la era de la incertidumbre*, también editado por Deusto (Grupo Planeta), su colaboración ha sido decisiva y yo se lo agradezco especialmente porque al haber vivido y sobrevivido a la COVID-19 —y aunque pudiera parecer paradójico— había muchas perspectivas que yo no dominaba. Me ha hecho ver muchas cosas que no hubiera visto. Es algo parecido a lo de los árboles que no permiten ver el bosque.

La iniciativa la ha tomado el editor, Roger Domingo, quien ha tenido el instinto de abordar el tema de la pandemia lo antes posible y ha transmitido con toda claridad la urgencia con la que quería publicar este ensayo. Nos ha presionado con fuerza y con sensibilidad.

Confiamos los tres en que pueda ser de ayuda y de orientación a muchas personas directa o indirectamente relacionadas con la COVID-19, y en general a una ciudadanía que está viviendo una época difícil e inquietante. Éste era y es el propósito.

ANTONIO GARRIGUES WALKER,
MADRID, 15 DE SEPTIEMBRE DE 2020

Introducción

Estamos inmersos en un cambio de época. Y, por tanto, en una época de cambios. A analizarlos dediqué un libro que se publicó a finales de 2018, *Manual para vivir en la era de la incertidumbre*. Eso fue hace dos años escasos, y desde entonces han sucedido algunas cosas que allí ya se vaticinaban o se dejaban entrever. Pero hay una que no y que ha irrumpido en nuestras vidas aumentando aún más esa sensación de fragilidad y de incertidumbre que en dicho ensayo trataba de esclarecer y, en mi modesta capacidad, de atenuar. Ese acontecimiento ha sido, claro está, la pandemia de COVID-19 que, desde el epicentro de Wuhan, China, irrumpió en el mundo a comienzos de 2020, creando primero una crisis sanitaria y, posteriormente, otra económica por culpa de las medidas necesarias para contener el coronavirus. Ambos hechos aterrizaron en un terreno abonado al desánimo, porque la recuperación de la Gran Recesión de 2008 no terminaba de vivirse como una vuelta de las viejas certezas, que iban más allá de lo económico. Y porque con la pandemia de la COVID-19 parecemos haber recordado de golpe una naturaleza biológica que parecía en segundo plano en la era de los anuncios y promesas de la inteligencia artificial, el transhumanismo o el avance de los conocimientos cuánticos. Somos, antes que ideológicos, religiosos o económicos, seres biológicos. Un recordatorio en circunstancias dramáticas que no es inocuo en nuestro ánimo personal y colectivo cuando aún no nos habíamos terminado de resituar y recomponer de los golpes de la década anterior.

Aquel libro lo dediqué a estudiar y clarificar el malestar y la incertidumbre que ya sentíamos y padecíamos antes — ambas cosas, porque muchos miedos tienen algo de difuso, de falta de lugar en el mundo, de inmaterialidad cultural más que de asuntos pecuniarios—, y me parecía que las motivaciones que me llevaron a escribirlo eran aún mayores en el escenario de la pandemia. Con un incentivo suplementario, y es que yo mismo padecí la infección de la COVID-19. Algo que no me da ninguna superioridad moral o epistemológica para hablar de esta pandemia y de sus consecuencias —si acaso, me resta objetividad—, pero que sí me ha ofrecido un punto de vista de observador —no diré que privilegiado, claro, porque bien no lo pasé— que me ha servido como filtro para mirar la realidad con especial atención, como con unas gafas de aumento. El coronavirus ha convivido conmigo y, a diferencia de otros muchos ciudadanos cuyas muertes nos duelen, he podido superarlo. Y creo que el mejor homenaje que podemos hacerle a una experiencia colectiva y personal tan dura es, como decía H. G. Wells en el final de *La guerra de los mundos*, que no transcurra en vano.

Primero, para que no nos dejemos anular psicológicamente por ella y sus consecuencias, y, segundo, con idea de extraer lecciones que nos ayuden en el propósito común de hacer un mundo más justo y libre, sostenible medioambientalmente y geopolíticamente más equilibrado. El coronavirus nos pone ante muchas pistas no tanto de por dónde va a ir el mundo obligatoriamente, sino de por dónde *puede* y *debe* ir. Es a ese ánimo y a ese camino a los que apela este libro. A ese respecto, mi optimismo no ha mermado un ápice respecto a 2018, antes al contrario, se ha incrementado al ver los enormes esfuerzos de solidaridad colectiva, de cooperación social, de disciplina individual y, cómo no, de avance científico acelerado en la búsqueda de una vacuna y un tratamiento.

Ésa es una lección difícil de ver desde el ojo de la tormenta, pero que bien pensado no deja de ser emocionante: los plazos del progreso nunca han sido tan cortos. Que las fuerzas que lo impulsan sean dramáticas y dolorosas es una constante histórica, porque el progreso nace de una carencia, de una insatisfacción, de una necesidad, de un vacío. Lo explicaba cándidamente el ciego Alfredo, el dueño del cine de *Cinema Paradiso* (1989), la película de Giuseppe Tornatore, cuando le hacían tocar los rollos de película ignífugos precisamente a él, que en un incendio de otros rollos más antiguos y peligrosos había perdido la vista: «El progreso siempre llega tarde». Es así por definición, y desde luego ha sido así para, hoy por hoy, más de treinta mil personas en España y para más de un millón en todo el mundo.

No se trata de ser naif ni ingenuo: el golpe es y está siendo durísimo, las pérdidas, irreparables, y aún deberemos padecer las consecuencias económicas y sociales más fuertes y duraderas. Pero sí es urgente huir del fatalismo y ofrecer salidas a una sociedad que parece haber perdido los instrumentos de navegación, o haber dejado de confiar en ellos por percibirlos como pertenecientes a un mundo con unas leyes que ya no operan. Si este libro sirve, aun tímidamente, para ese propósito, habré conseguido el objetivo que me propuse al escribirlo. Por eso, y de la misma forma que en el *Manual para sobrevivir en la era de la incertidumbre*, he creído lo más apropiado utilizar con frecuencia la primera persona del singular y del plural, porque no hay observador ajeno a una realidad que ha caído sobre nosotros como un telón pesado en plena representación. Pretender hablar desde la frialdad racional, desde el desapego del analista ajeno, me parece una impostura que debemos evitar en estos momentos.

Por ello, comienzo con los capítulos que implican reflexiones más personales, de mi vivencia particular, y que contemplan algunas consideraciones sobre la vida y la muerte,

la búsqueda de propósito, los miedos colectivos y las esperanzas individuales. No hay relación con la enfermedad que no implique, a su vez, asomarse de alguna forma a un abismo en el que observamos cosas que quedan más difuminadas en momentos de buena salud y ocupaciones rutinarias. A partir de ahí, los diez capítulos de este libro —ocho, en realidad, más una introducción y un epílogo— van ampliando el espacio y el tiempo para hablar de nuestra sociedad y la radiografía que la pandemia ha hecho de ella, de nuestras debilidades y nuestras fortalezas; de otras epidemias en la historia; de la ciencia y su respuesta; del salto decisivo de la Unión Europea para completar su desarrollo político; del debate abierto sobre la ventaja o la desventaja de las democracias para controlar los riesgos de un mundo globalizado frente a regímenes autoritarios; del extraordinario poder que la pandemia ha otorgado a las ya de por sí poderosas empresas tecnológicas; de la desigualdad que ha revelado trágicamente la pandemia, tanto entre países como dentro de ellos. Finalmente, terminaré donde todo comienza para mí, reflexionando sobre España.

La pandemia ha actuado así como una suerte de solución de contraste que permite auscultar zonas de la realidad y el ánimo colectivo que quedaban ocultos al ojo humano sin ella, como le gusta decir al colaborador de este libro. Ahora se trata, en mi opinión, de clarificar el momento, de aproximarnos a un posible diagnóstico de una situación elusiva y dinámica y, especialmente, de esbozar escenarios en los que merezca la pena vivir y, como reza la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América, ejercer el derecho de buscar la felicidad. Se lo debemos a todos los que ya no pueden hacerlo por culpa de esta pandemia y a cuya memoria quiero dedicar este libro.

Culmino esta introducción con un poema escrito y publicado a finales del verano de 2020 y cuyo título, «Lo que nos pasa», alude al propósito del libro, que es intentar aclarar y explicar el momento en el que nos encontramos. Pero

también, y aludiendo a la frase de Ortega («No sabemos lo que nos pasa, y eso es, precisamente, lo que nos pasa»), para, en primer lugar, consolarme y aclararme yo.

*Nadie sabe muy bien lo que sucede
ni por qué ha sucedido
ni a quién atribuirle
de forma simultánea
el mérito y la culpa.*

*Tan sólo hay que seguir,
vaticinando cosas
prediciendo un futuro
de caos y de nada
o más bien lo contrario,
la gloria de vivir hasta la misma muerte
y levantarse un día,
sin oír,
y sin ver,
y sin decir palabra.*

*De todo lo que digo
yo sé que lo que digo
me lo dicen los niños solitarios
y doscientas mujeres ataviadas
con sábanas de hilo
para cubrir mi cara de farsante y de torpe
que no puede entender qué es un sudario
y lo que significa y lo que oculta.*

*No mires al futuro, me aconsejan.
Tú, mientras estés vivo, sólo existe la vida
y a todo lo demás renuncias
ignorándolo
y aunque te adviertan
todos los peligros
tú dices que no sabes
que no entiendes qué dicen
ni por qué te lo dicen a ti precisamente.*

Esto es lo que nos pasa.

Capítulo 1

Nuestra sociedad olvidada de sujetos biológicos

El hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos.

JORGE LUIS BORGES

Quien huye de la muerte huye también de la vida. Todos conocemos a algún amigo o familiar cercano presa de un carácter hipocondríaco. Y difícilmente vemos a un hipocondríaco disfrutar plenamente de esa vida que, en teoría, tanto valora que teme estar siempre poseído de alguna enfermedad que busca arrebatarla. Yo no soy hipocondríaco, pero eso no significa que no tema la muerte, ni que no quiera seguir aquí cuanto más tiempo, y en buenas condiciones, mejor. Frente a los consuelos de las religiones, que hablan de una vida más allá de ésta, y de la ciencia más heterodoxa, que menciona la posibilidad de descargar nuestra mente en dispositivos sin caducidad, yo respondo lo que suele decir Woody Allen —él sí, un hipocondríaco—: el problema es que yo quiero seguir viviendo en mi apartamento de Manhattan (en mi caso, en Madrid). Pero, precisamente porque forma parte de la vida, la muerte, la forma en la que la entrevemos y en la que, finalmente, nos llega, tiene un significado vital tan importante. Por eso nos parece cruel la muerte de un niño, y por lo mismo nos rebelamos contra una enfermedad mortal temprana, en un cuerpo llamado aún a disfrutar muchas experiencias importantes o conseguir grandes logros. Esto es, hay una narrativa biográfica, un relato de nuestras vidas en el que no cualquier muerte encaja.

Pero no es sólo una cuestión de edad, de momento biológico, digamos, justo o esperado en función de la espe-

ranza de vida de un momento histórico, sino de la propia naturaleza del fallecimiento. De ahí que sean también abrumadoras las muertes de personas mayores, incluso muy mayores, de forma extraña o con mucho sufrimiento. Pongamos el caso del matemático y Premio Nobel John Nash, que durante toda su vida había luchado ferozmente por convivir con una enfermedad mental muy limitante —y cuya vida dura y encomiable retrató la película *Una mente maravillosa* (2001)— y que terminó muriendo en un accidente de tráfico en 2015 a los 87 años. Otra víctima de la carretera, y también Nobel, Albert Camus, decía que sólo temía a una «muerte absurda», como la que tuvo. Un final así rompe una secuencia construida por uno mismo y, orteguianamente, por sus circunstancias, y no incomoda tanto que nos provoque un rechazo de la idea de la muerte como la arbitrariedad de un final que no respeta ningún plan, ningún propósito, ninguna trayectoria. Que no tiene, en definitiva, piedad ni sentido ninguno. De la muerte, en definitiva, más que el *qué*, nos perturba el *cuándo* —el momento biográfico, porque no es lo mismo morir joven que anciano—, pero también el *cómo* —y aquí da igual la edad que tengas.

Por eso, aunque sin mala intención, resultaron tan poco humanas algunas declaraciones iniciales que pretendían calmar a la opinión pública durante los estadios iniciales de la epidemia, cuando leíamos informaciones alarmantes que nos llegaban desde China sobre un nuevo tipo de neumonía atípica. Se nos explicaba que el coronavirus «sólo» afectaba a personas mayores o con patologías previas. Una explicación ante la que la pregunta era obligada: ¿qué les decimos a las personas mayores o con patologías previas? ¿Acaso es que no siguen siendo parte de la comunidad? ¿Es que su relato biográfico, donde el *cómo* de la muerte sigue siendo clave, ya no debe importarnos? Y es que una mala muerte puede trastocar una buena vida, y eso lo hemos visto durante la pandemia con tantos fallecimientos (y enterramientos) en soledad en las residencias de mayores,